
Discurso leído por el Sr. Lic. Don
José L. Mendoza.

*“Magnus ab integro saeculorum nascitur ordo.
Jam redit et Virgo, redeunt Saturnia regna;
Jam nova progenies coelo demittitur alto”*

“Ya empieza de nuevo una serie de grandes siglos,
Ya vuelven la virgen Astrea y los tiempos en que reinó
Saturno; ya una nueva raza descende del alto cielo”

Virgilio. Bucol. Egloga IV.

ILLMO. SEÑOR OBISPO:

Señores:

El mantuano, insigne poeta, príncipe del idioma del Lacio, nunca estuvo inspirado por el espíritu profético; antes bien se halló sumergido en los groseros errores de la mitología pagana, apesar de sus bellas cualidades y fecundo ingenio. Alguna vez en su ebúrnea lira evocó con métricos cantos la realización de futuros hechos fundado en las circunstancias que lo rodearon, en las grandes evoluciones que efectuó el imperio romano en tiempo de Augusto Cesar, y más que todo en la era de

paz que entonces se se inició cuando quedaron clausuradas las pesadas puertas del templo de Jano.

En el orden físico, de igual manera que en el de las inteligencias, se presienten los acontecimientos futuros de deducción en deducción y en fuerza de las leyes de analogía. Cuando comienzan á hincharse las yemas de los árboles desprovistos de verdes hojas; cuando principian á despojarse del blanco sudario de agua endurecida que se convierte en lágrimas puras y diáfanas capaces de refringir los cambiantes de la luz solar cuyo calor las lícua, se presiente, ó mejor dicho, se asegura la llegada de la estación primaveral á la que acompañan todas las bellezas de esa resurrección periódica, imágen de las que en otra categoría se han realizado ó están para efectuarse en vista de antecedentes conocidos.

Las densas tinieblas fruto de la malicia y de la ignorancia en que yació envuelto el mundo por espacio de cuarenta siglos; la inmoralidad, socia inseparable de esa ceguera; los cruentos sacrificios del hombre por el hombre que inundaron con sangre la faz del globo; el olvido y proscripción de los derechos y deberes comunes á la humanidad, conculcados por la ley del más fuerte deberían haber producido el exterminio de la raza inteligente de la haz de la tierra anegada en un segundo diluvio de iniquidades, ó bien su rehabilitación primitiva á virtud de una potencia extraña, externa y superior con mucho á la que causó los estragos que la aquejaron. Se necesitó una fuerza de reparación idéntica á la potencia creadora de todo ser.

En el primer libro de que se tiene noticia cierta ha-

berlo escrito y compaginado un historiador y caudillo se consignaron con indelebles caracteres, hechos consumados y promesas futuras que los primitivos pueblos conservado habían y transmitido por tradición de padres á hijos. La cosmogonía mosaica fué el único punto de partida que sirvió para actuarse del origen del universo brotado del no ser por la palabra fecunda del Verbo de Dios, cuya eficacia refieren las obras del firmamento y todas las criaturas visibles é invisibles. El principio del ser inteligente lleno de perfecciones como un trasunto de las divinas, emanado de la misma potencia creatriz; su caída por soberbia y la inmediata promesa de reparación, fueron verdades conocidas de los pueblos primitivos con más ó menos variantes que inventó la fábula; pero todos esperaban en un tiempo ya próximo ya remoto el cumplimiento de aquella por quien había de venir y se convino en llamar el Deseado de las naciones.

De tiempo en tiempo se hicieron escuchar los vaticinios proféticos y los oráculos paganos de las sibylas, unas veces dirigidos al pueblo de dura cerviz y otras á la gentilidad que adoraba todo otro objeto que no era Dios; y profecías y oráculos, y hombres inspirados y sibylas poseídas, señalaron con más ó menos precisión la época, las circunstancias y los accidentes del gran suceso que fué la expectación de las gentes. La sibyla helespóntica habló así: "He visto á una Virgen elevada por causa de su castidad á un sublime honor. El Altísimo la ha juzgado digna de ese augusto ministerio; ella dará al mundo un vástago brillante de glorioso esplendor porque será verdaderamente el Hijo del Señor del

rayo; él vendrá á gobernar al mundo en profunda paz." También el profeta Isaías comunicó al universo este oráculo: "*He aquí que una Virgen concebirá y dará á luz un Hijo y su nombre será Emmanuel.*" Los vaticinios del profeta Daniel y de la sibyla frigia no son menos terminantes: "*Las setenta semanas, dice, se han abreviado, á fin de que la iniquidad sea destruida y el Santo de los santos reciba la unción.*" La sibyla anuncia: "que Dios mismo ha querido hacer bajar desde la altura á su propio Hijo al seno de una Virgen, el cual será anunciado á aquella augusta madre...."

Profetas y sibylas alternativamente continuaron vaticinando idéntico suceso que había de cambiar la faz del mundo para restablecer el reinado de la justicia. Los profetas, llámense Jeremías y Ezequiel, Zacarías y Amós, y las sibylas de Delfos, de Libia y del Tívoli; ora Balam, ora la pitoniza cumeana, parecieron haberse constituido en eco de la divinidad, concurriendo en la esencia de la promesa. El mismo príncipe de los poetas latinos anunció la próxima llegada de una raza que descendería del alto cielo: "JAM NOVA PROGENIES COELO DEMITTITUR ALTO."

En el tiempo, la realidad confirmó la promesa. Un historiador sin semejante encumbrando su vuelo arrebatado por el éxtasis más allá de donde se cierne el águila caudal, descubrió los secretos celestiales y comunicó al mundo, que debía haberlo escuchado de hinojos: "*Que en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y Dios era el Verbo..... que se hizo carne y habitó entre la humanidad que vió su gloria como el Unigénito del Padre lleno de gracia y de verdad.....*" y con su

divina misión cumplida, todos *“los valles se llenaron; y todos los montes y collados fueron abatidos; y los caminos torcidos se hicieron rectos y los escabrosos llanos; y á todos los hombres les fué anunciado el reino de la justicia y de la paz.”* Así también lo refieren los otros tres historiadores de esa magnífica epopeya, de esa revolución en las inteligencias y en los sentimientos que abatió la tiranía y el orgullo de los señores para llamar bienaventurados á los que padecen persecución y son pobres de espíritu.

Quando el Cristo fué glorificado y levantado en alto lo atrajo todo hacia sí, porque se le dieron en herencia todas las naciones y se pusieron á los enemigos de Dios como escabel de sus piés, reinando sobre ellos por el madero, y su reino no debería terminar en los siglos de los siglos. De aquí es que antes de volverse á su Padre estableció los medios de perpetuidad que más adecuados fuesen para la conservación y propagación de su grande obra reparadora, constituyendo sobre toda ánima viviente un gefe universal en el cual además del primado de honor y jurisdicción unido á la potestad de atar y desatar, reasumiese todos los poderes como lugar teniente del Jefe invisible de la nueva Iglesia.

Esa primacía no fué confiada ni al poder terreno, ni á la riqueza, ni á la fuerza: sólo fué concedida á la fidelidad y al amor que eran las cualidades que adornaban principalmente al jefe del apostolado, á Pedro uno de los doce escogidos por el divino Maestro: á él sólo fué dicho: *“Bienaventurado eres Simón Bar-Jona.....y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.....y á tí te daré las llaves del reino de los cielos..... Yo he pedido por tí para que no falte tu fe, y tú una vez con-*

vertido conforta á tus hermanos..... Simón, hijo de Juan, ¿me amas tú más que éstos.....? Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas.....” y á todos los demás: *“Yo estaré con vosotros hasta la consumación del siglo.”*—El historiador sagrado termina diciendo: *“que después de haberles hablado así el Señor Jesús, fué elevado al cielo donde está sentado á la diestra de Dios.”*

En estas divinas promesas quedó cimentada como sobre granítica roca la piedra angular sobre la cual se han estrellado todos los errores, todos los cismas, todas las heregías; y el poder de las llaves que han ejercido los sucesores de Pedro en el transcurso de diez y nueve siglos está comprobando su misión divina y providencial, su magisterio infalible en materias dogmáticas.

A su sombra han nacido, crecido y robustecido los pueblos que con el tiempo formaron las naciones cristianas. Después, la munificencia de algunos soberanos hijos de la Iglesia y el amor á la Santa Sede, constituyeron, á partir del octavo siglo, un patrimonio ó reino temporal sobre cuyos súbditos el Vicario de Cristo ejerció un poder suave, templado por la caridad y verdaderamente paternal.

“Bajo el punto de vista político, ha dicho un sabio escritor contemporáneo: el Papa es el soberano más antiguo y el más legítimo. Nacida de la voluntad de Dios y del amor de las naciones, la soberanía temporal del Santo Padre es la más sagrada. Atacarla es á un mismo tiempo un sacrilegio, un crimen de lesa nación y una vileza. Es un sacrilegio, porque en todos los pueblos, aun entre los paganos, los bienes consagrados á la divinidad han sido sagrados: Si se niega al Papa el derecho

de propiedad y el de soberanía temporal, la lógica conducirá á negarlo á los reyes, á los príncipes á los ciudadanos, á cualquier particular. Si se expropia al Papa por causa de utilidad italiana, alemana ó francesa; por uno de esos decretos inevitables de la justicia de Dios, se os expropiará á vosotros por causa de una utilidad cualquiera. ¿Qué tendreis que decir entonces?

“Es un crimen de lesa nación, porque los Estados Pontificios jamás han sido por ningún título propiedad de Italia. Ese patrimonio se ha formado con las ofrendas de todas las naciones católicas; es una garantía de su fe y amor filial. La soberanía temporal es necesaria ya sea para el gobierno de la Iglesia en las condiciones actuales de su existencia, ya sea para la independencia plena de la palabra pontificia.

“Es, finalmente, una cobardía atacar á un ser débil, únicamente porque es débil; atacarle para despojarlo de lo que posee, es una vileza que atrae sobre quien no se avergüenza de ser culpable la execración de los siglos”

Con la invasión de Roma por el ejército piamontés se reprodujeron escenas en todo semejantes á lo que aconteció hace más de dos mil años con la pequeña viña de Nabot, á quien en provecho suyo expropió Acab, príncipe de Israel, condenándolo á muerte injusta como traidor y blasfemo.

Los Papas como Señores temporales y reyes de Roma establecieron una administración sabia, clemente y progresista. En los anales de la historia se conservarán como páginas brillantes los nombres de los pontífices Julio II, León X y Sixto V que dieron el suyo al siglo en

que vivieron. Defensores los papas, aparte de sus prerrogativas como jefes de la Iglesia, del patrimonio de San Pedro del cual nunca han dispuesto en favor de nadie, cediendo por su voluntad un palmo de tierra, han sufrido antes que enagenar esos derechos que no son personales, toda clase de vejaciones de parte de los codiciosos y de los intrusos, *hasta la prisión, hasta el destierro, hasta el confinamiento*; ¿Quién no vió con admiración las titánicas figuras de los Pios VI, VII y IX, apoyados en el “non possumus” sufrirlo todo más bien que entregar por su voluntad maniatado á su amado pueblo romano en brazos de la revolución invasora? ¿Quién no ve actualmente al esclarecido Pontífice confinado en el palacio del Vaticano, aunque fuerte en el derecho que le asiste, coronado con la triple diadema apesar de los esfuerzos de las sociedades secretas, por un acto público y solemne á raíz del día de su elección, como una protesta viviente y más que significativa contra el poder ocupante del Quirinal, con todo y que Europa reconozca á éste como legítimo rey de Italia, á virtud de la moderna y cómoda teoría *de los hechos consumados*?

Si alguien pregunta ¿qué hicieron los papas como soberanos de Roma y sus provincias? no les contestaremos. Allá están para responder con lenguaje mudo pero elocuente, los museos y academias, ateneos y casas de beneficencia creadas y sostenidas por la munificencia pontificia: allá están las inmensas galerías que contienen objetos de ciencia y bellas artes; allá, los valiosos tesoros que encierran las bibliotecas de los palacios apostólicos; allá, las hermosas plazas ornamentadas con los obeliscos orientales y demás obras de gigantesca ar-

quitectura; allá, en fin, todo lo más notable y único en su género.

Con exquisito celo y vigilancia los papas supieron conservar como maravillas artísticas los restos arqueológicos del gran circo y coliseo, del forum, capitolio y panteón de Agripa, de las naumaquias, termas y demás antigüedades.

¡Tentadora fué la presa para quienes invadieron á la Italia llamada *irredenta!*

Por causa de estas bellezas, grandiosidad y gloria inimitable un ilustre viajero haciendo suyas las palabras de Tito Livio exclamó con arrebató: "Nec unquam civitas, nec major, nec sanctior." *Jamís ha habido ciudad ni más grande ni más santa.* La Roma papal acogió con bondad de madre á los amantes del estudio de antigüedades: premiando el genio y la virtud supo conquistar un lauro que envidiando arrebataron las naciones europeas al menos con su complicidad. . . . ¡Miguel Angel lanzó su atrevida cúpula en el espacio que media entre la tierra y las regiones del eter, mereciendo los honores de la apoteosis inmortalizando su nombre, y por haber llamado después á los mortales para estupefacerlos ante su original cuadro del Juicio final, trasmitiendo al frio muro que animó el *DIES IRAE, DIES ILLE* que ha hecho temblar á las generaciones cristianas culpables ante Dios, como lo ha sido todo ser viviente.

El Sanzio, flor cortada en la primavera de sus juveniles años, supo por divina inspiración trasladar al lienzo con su atrevido pincel la gloria del monte Tabor, trabajo no concluido porque el Divino Verbo se reserva, sin duda, el darlo á conocer con toda su belleza, en

la plenitud de los tiempos á los que ha de llamar el último dia "*benditos de su Padre*"

Sería interminable, Señores, si en alas del entusiasmo me dejara conducir sin resistencia á las regiones en que se admira y premia el genio. Baste yá: os pido indulgencia por haber ocupado con demasía vuestra atención cuando habeis escuchado y esperais aplaudir mejores producciones, mejores oradores.

¡Reposa, pues, en tu gloria, santa Iglesia Romana, maestra infalible de verdad y doctora de las naciones!

¡Qué mi labio se cierre para siempre, extinguiéndose mi voz, si no es cierto que yo he tomado tu nombre como tema de mis cánticos de regocijo; que tus triunfos y tus pesares han conmovido las fibras del sentimiento, ora alegrando, ora entristeciendo mi corazón!

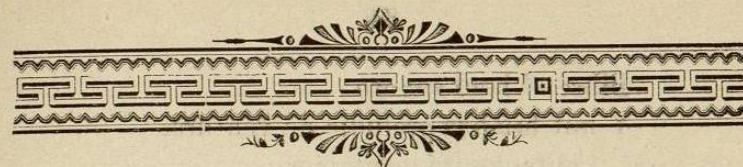
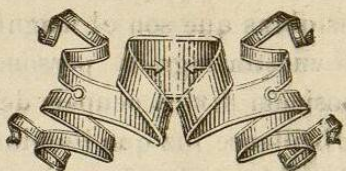
¡Vos, INMORTAL PONTIFICE, padre de los pueblos, gozaos con vuestras obras que son el magnífico pedestal en que se yergue vuestra sagrada persona sobre el solio que por disposición divina ocupais desde hace tres lustros! Sois la brillante luz que ilumina al mundo, y ante esa claridad palidecen los focos de otros esplendores. Las gradas de ese trono espiritual cada dia más alto, cada vez más encumbrado que el de los poderes de la tierra, están cimentadas en vuestras encíclicas, más numerosas que los años de vuestro glorioso pontificado; en vuestras obras gigantescas que os inmortalizarán sobre las generaciones venideras; en vuestras heroicas virtudes que os han merecido el nombre de PAPA MAXIMO LEON XIII.

Permitid que una mi débil voz al concierto que los pueblos cristianos forman hoy en celebración de vues-

tro jubileo episcopal, acaso el único en los fastos de la historia, pregonando que continúa la serie de grandes siglos; que con la institución del pontificado permanece en la tierra el reinado de la justicia, por haber descendido una nueva raza inmortal desde el alto cielo. "JAM NOVA PROGENIES COELO DEMITTITUR ALTO."

ILLMO. Y REYDMO. SEÑOR:

HE DICHO.



A NRO. SMO. PADRE

El Sr. LEON XIII,

En la Velada Literaria que el Seminario Conciliar de Colima
celebró el 22 de Febrero de 1893, para conmemorar

El Jubileo Episcopal
Del Pontífice reinante.

Sublime inspiración, ven á mi mente,
Y llénala de luz y de poesía,
Como bañan del sol resplandeciente
Los ígneos rayos á la selva umbría.
Presta á mi voz del céfiro doliente
La dulce melodía.
Arda en mi pecho la sagrada llama
En que el querube con amor se inflama,
Cuando en alegre coro,
Entona sus cantares de ternura.

Bibre el laud sonoro
 Y mil himnos preludie de ventura.
 Cantemos, sí, cantemos
 Al augusto Pontífice, al ungido;
 Las glorias ensalcemos
 Del gran León, del Papa esclarecido,
 Cuyo renombre y sin igual grandeza
 Hoy el orbe contempla conmovido.
 Cantemos al León,
 Cuya dulzura y caridad ardiente
 Triunfa ya de rebeldes corazones,
 Y con afán creciente
 Brinda su amor á todas las naciones.
 El es, León, el fuerte, el aguerrido,
 El santo, el grande, el inmortal, el sabio,
 El Sacerdote augusto y bendecido.
 El es, León, de quien emocionado,
 Las glorias narro, de placer henchido;
 De ese grande Pontífice León Trece,
 De ese campeón ilustre y denodado
 De ese Monarca, que sin un soldado,
 Grande, más grande que un titán parece.
 El es luz de los cielos que fulgura,
 Haciendo aparecer en lontananza,
 Entre la niebla oscura,
 El iris de la eterna venturanza.
 Astro es él cuya luce refulgente
 Destruye del error la niebla impura;
 Por eso ¡oh Padre! tu glorioso nombre,
 Desde los polos á la zona ardiente,
 Con acentos de amor ensalza el hombre.

En su provecta edad es fortaleza,
 Que el universo admira,
 De santa caridad rico tesoro
 Y manantial fecundo de grandeza.
 Consuela al desdichado, enjuga el lloro,
 Y con amor profundo,
 Su voz escucha reverente el mundo.
 Lo anima el celo de incansable apóstol,
 Y aunque lo vemos apurar las heces
 De ese cáliz amargo de sus penas,
 Ceñido de cadenas,
 Se alza, mostrando al universo entero,
 De la gloria magnífica el sendero,
 Impasible, tendiéndonos los brazos,
 Muestra su faz sonriente
 Con la aureola de mártir en su frente.
 Las olas del océano embravecido
 Ya se alzan al bramar de la tormenta,
 Y baten con horrísono mugido
 A la mística nave que en la altura,
 Sin brújula ni velas se presenta;
 Con nueva furia el aquilón se agita,
 A la nave y piloto amenazando;
 Cubre el inmenso mar noche sombría,
 Y encontrados los vientos, á lo lejos
 Se oye rugir la tempestad bravía.
 Mas no teme el piloto; y será en vano
 Que el abismo fatal sus fauces abra,
 Y que las tenga sin cesar abiertas;
 Dios vela por la frágil navecilla
 Y al inmenso poder de su palabra

"No han de prevalecer aquellas puertas."

Impávido el marino en el peligro
Bogando va por la extensión inmensa,
Y no le arredra la tormenta grave,
Ni los abismos de ese mar, pues sabe
Que el bondadoso Dios desde su trono,
Protejerá la misteriosa nave.

No importa que ni un astro allá en la altura
Con su fulgor divino,
Le muestre los escollos del camino;
Mirad como gobierna en noche oscura
A su nave querida, sin recelo,
Y la dirige al puerto de ventura,
Pues cuenta con la luz del almo cielo.

!Pontífice inmortal, de Dios Vicario,
Más grande que los grandes sacerdotes,
Que en el Sancta Sanctorum penetraban,
Cuyos ruegos fervientes se elevaban
Entre humo misterioso de incensario!.....

..... Diez lustros ha que el Dios Omnisapiente
Eligirte dignóse para apóstol;
La Iglesia santa llena de ternura,
De aquese Ungido colocó en la frente
La mitra reluciente.

¡Oh Padre! ¡oh Padre amado!
¿Quién te dijera entonces que en un día
Sobre el trono de Pedro colocado,
La tiara de Pontífice supremo
Tu frente ceñiría,
Y que la Iglesia santa, tu tesoro,
Llegaría á celebrar tus Bodas de oro?

¡Bendito sea el Señor! llegó ese día;
Y por eso del uno al otro polo
Se eleva con dulcísima armonía,
Un himno, un himno solo
De bendición, de paz y de alegría.

¡Mil veces seas bendito!
¡Oh Jerarca inmortal, luz en el cielo!
Recibe el canto de ternura inmensa,
Que amantes hijos, con ferviente anhelo
Hoy te dirigen de remoto suelo.
Que en derredor de tí reunidas veas
A mil generaciones,
Con la fe sacrosanta por escudo;
Y para siempre unidos
Con los lazos de amor sus corazones.

¡Oh Príncipe inmortal! ¡bendito seas!
¡Oh Pontífice y Rey, yo te saludo!
¡Salve mil veces cariñoso Padre!
De ciencia y de virtud raudal fecundo
¡Salve! te dice el corazón creyente!
¡Salve! te dice entusiasmado el mundo!

Jorge Inda,
Subdiácono.

